



HIGINIO MARÍN

**Civismo y  
ciudadanía**

La Huerta Grande  
Ensayo

Higinio Marín

# CIVISMO Y CIUDADANÍA



La Huerta Grande

EDITORIAL

2019

© De los textos: Higinio Marín Pedreño

Madrid, agosto 2019

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN 978-84-17118-55-6

D. L.: M-21861-2019

Diseño cubierta: Enrique García Puche para TresBien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra, 27. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/Printed in Spain

## INTRODUCCIÓN

Estar a la altura de nuestro tiempo comprendiéndolo no es algo que nos pase, sin más, por saber manejarnos con destreza en entornos sociales nuevos y complejos, ni por dominar con soltura la tecnología punta o transitar las vías de comunicación físicas y telemáticas del planeta. Ni siquiera frecuentar las moquetas de los despachos más elevados nos pone a la altura real del tiempo. Todo lo anterior, es cierto, nos sitúa en el rompiente de los acontecimientos, surfeándolos, que no es poco. Pero si se desconoce el fondo marino, o el litoral y las corrientes y sus cambios estacionales, o se ignora el océano inmenso que se mueve en esas minúsculas elevaciones, no se sabe dónde se está, y más bien nos dejamos arrastrar de cuerpo presente. Baricco lleva razón al proponer al surfista como imagen del sujeto contemporáneo: es la nueva existencia de cabotaje a la que nos empujan las dificultades para entendernos y entender nuestro tiempo.

Para estar en el mundo hay que poder hacerse una cierta *imago mundi*, una visión del mundo que nos deje saber dónde estamos. Estar en un lugar o en un momento preciso, requiere poder orientarse en él, aunque sea mínimamente, y contar con una cierta opinión sobre lo que ocurre. La ignorancia por desinformación o por perplejidad es una forma de ausencia, de ex-temporaneidad. *Estar en el mundo requiere comprenderlo*, tal vez parcial y fragmentariamente, pero el hombre necesita habitar comprensivamente lo que vive para vivirlo humanamente: nadie está propiamente en un lugar (ni en una época) si no sabe dónde está. Y nadie sabe bien lo que pasa antes de poder contar lo que pasa. Por eso, la contemporaneidad es un logro que requiere que nos demos una interpretación, que arriesguemos una visión de lo que ocurre, que nos permita tomar posición libre, pero justificadamente.

Pero, para conseguir la visión de una totalidad rápida y esencial —es decir, comprensiva—, antes es necesario sumar perspectivas, dejarse ilustrar por lo que otros han visto y comprendido, articular visiones contrapuestas. Cartografiar nuestro tiempo requiere multiplicar las incursiones reflexivas y arriesgar interpretaciones en todas las direcciones. Y a pesar de todo, no es probable que tengamos un mapa mínimamente orientativo antes de haber recorrido una larga ruta en compañía de muchos otros.

Este libro se compone de una veintena de esas breves incursiones. Es como el cuaderno de bitácora de un filósofo enfrentado a lo que sucede con la aspiración de comprenderlo y de dar razón del asunto *en*

*público.* Tales incursiones responden, a veces visiblemente, a motivos de la actualidad que impelían a ser pensados. Otras veces, se trata de reflexiones sobre cambios culturales que dan forma a nuestras sociedades en el intento de sobrevivir a ese naufragio que acecha de continuo en el olvido y la falta de sentido. Finalmente, unos pocos están escritos con una sonrisa, porque, como dijo Hegel, una cierta ternura indulgente es a veces la clase de inteligencia que requieren las cosas humanas.

Inevitablemente, todas esas visiones informan sobre el que mira y perfilan una mirada particular que les presta la unidad que un pintor da a los múltiples y diversos paisajes que pinta. Además, en su conjunto trazan una ruta y son como jornadas de un viaje a través de acontecimientos y cambios que han compuesto la actualidad de quienes vivimos estos días: mis coetáneos. Así que en cierta medida se trata de un viaje por la actualidad en veinticuatro jornadas. No obstante, al lector le resultará fácil detectar unos cuantos núcleos recurrentes que se reflejan en múltiples asuntos y que cabe resumir en los siguientes.

La convicción de que vivimos en una época insólita, sin precedentes que nos pudieran ahorrar el esfuerzo de pensarla, y en la que declinan concepciones que han sido dominantes y sostuvieron grandes unidades temporales y geográficas, hoy en crisis. Los retos medioambientales y los cambios culturales, antropológicos, geopolíticos y tecnológicos son de tales proporciones que no se dejan reducir a grados en la escala de procesos continuos, y muchos de ellos han

alcanzado un umbral de ruptura o discontinuidad. Pocas veces, la idea de que no hay nada nuevo bajo el sol ha resultado tan despistada (y perezosa).

El sistema político y económico occidental ha socavado su propia consistencia y viabilidad en su pretensión de autonomía e independencia respecto de la naturaleza moral de sus agentes, a los que había concedido licencia para procurar su exclusivo provecho e interés. Pero no hay sistema político o económico cuya eficiencia se baste para suscitar prosperidad material o convivencia pacífica, y que pueda prescindir de la calidad moral de sus agentes particulares, ni que sea capaz de reciclar en provecho común la toxicidad social de las malas prácticas éticas: ni los mercados y la mano invisible, ni el Estado todopoderoso, ni las fórmulas mixtas o compuestas entre ambos, ni la supervisión colegiada en instituciones globales.

Tales sistemas dependen de un principio de cohesión y consistencia, de naturaleza antropológica, que han erosionado con pertinaz obcecación: tanto las personas como sus acciones tienen como medida propia un exceso respecto del propio interés que se expresa en la demasía con la que se procura la perfección de lo que se hace y de uno mismo a su través. Esa libérrima gratuidad es el exceso justo, el dispendio vital con el que los hombres se vuelcan en lo que hacen, sin ahorrarse esfuerzos, cuya gratuidad es del todo necesaria para que los sistemas sociales y económicos tengan una viabilidad que no pueden suscitar por sí solos. Tal demasía vital, es decir, lo que cada uno tiene para ofrecer a los demás como realización

de sí mismo en y mediante lo hecho, constituye la propiedad y riqueza originaria de los sujetos, sin la que los sistemas sociales o políticos resultan inoperantes.

Por otra parte, la creciente divergencia y antagonismo entre las concepciones del bien y de la existencia en nuestras sociedades nos han revelado una dimensión más modesta y realista de la política, en cuyo orden, las distintas visiones del bien no pueden aspirar a objetivarse en el orden legal o institucional sin sojuzgar o lesionar gravemente las concepciones y libertades ajenas. Es necesario, pues, la despolitización del bien común, pues hoy, tal vez más que nunca, resulta visible que no es el Estado la instancia de realización de las diversas y plurales concepciones de la vida personal ni del bien común. Hay que desistir de la pretensión moral e ideológica que anima a hacer el bien a los demás, aunque no quieran, y convenir en que no hay concepción del bien que sobreviva a su imposición, ni siquiera aunque fuera capaz de suscitar la sumisión aquiescente de los adoctrinados. Al menos desde san Agustín, esas pretensiones corrieron por cuenta de confesionalismos políticos que la modernidad recrudeció, y que hoy anidan en ideologías estatistas que asimilan lo público con la realización moral del bien.

Por último, entre todos los cambios que nuestro tiempo trae y en medio de su portentoso desarrollo tecnocientífico no disminuye, sino que crece la necesidad de intensificar el cultivo de los saberes comprensivos de lo humano y de lo real, y de arraigar los



hábitos personales de la reflexión, la lectura y la conversación. Estos deberían ser tiempos propicios para el pensamiento, pero no lo son, a pesar de que nuestra perplejidad no tiene precedentes y nuestra desorientación, tampoco. La literatura, la historia y la filosofía son lujos del todo imprescindibles, si es que todavía cabe aspirar a vivir en nuestras sociedades comprendiéndolo y comprendiéndolas.

*Agradecimientos*

*A Juan Ramón Gil le debo el impulso por escribir estos textos. Higinio Marín Cánovas ha leído y corregido el libro, pero yo le debo además su compañía intelectual*

*A la editorial La Huerta Grande y a su directora Philippine González-Camino se debe que el lector pueda tener este texto a su disposición*

*Me gustaría, además, expresar mi gratitud a mi universidad, la Universidad Cardenal Herrera CEU, a la que debo la posibilidad de llevar una vida de estudio*



# I

SOBRE NUESTRO MUNDO



## 1. EL MUNDO MUNDIAL

Se suele decir que el mundo cambia rápidamente, pero lo que distingue nuestro tiempo es que cambia más deprisa que nosotros. Hasta el último tercio del siglo XX, las personas cambiaban más rápidamente que el mundo, que permanecía relativamente estable a su alrededor y a lo largo de casi toda su vida. Ahora, sin embargo, la velocidad punta de cambio del mundo es superior a la de individuos y comunidades, que se quedan continuamente rezagados.

El mundo ha dejado de ser el marco fijo en el que se desenvuelven los procesos para convertirse él mismo en el mayor de los procesos. De ahí, la sensación de licuación y de que la realidad se haya convertido en un flujo que nos arrastra en ese entorno líquido que ha glosado Bauman. Por eso, el hombre contemporáneo busca anclas que le ofrezcan algún elemento de permanencia. Pero como la vida privada ya no ofrece

esas referencias estables por la crisis de las relaciones incondicionales, tales expectativas se externalizan hacia comunidades secundarias con intermitente o bajo nivel de compromiso, pero con intensidad emocional: la nación, el club de fútbol y su hinchada, las prácticas deportivas o dietéticas, el ídolo y sus fans.

Vivimos bajo la trepidación mutante de un presente cuya aceleración hace olvidar no solo el pasado, sino también el futuro. En realidad, el futuro ha colonizado al presente reduciéndolo todo a posibilidad: las cosas no son lo que son porque, entre otras razones, apenas tienen tiempo para serlo. Incluso el pasado no nos parece tanto lo que fue como lo que pudo no haber sido.

No es el presente el que da forma al futuro, sino que es el futuro el que está dando forma al presente, y si nada nos parece actual si no es *al mismo tiempo* futurista, es porque en buena medida se han hecho *el mismo tiempo*. De ahí que la experiencia se haya volatilizado como valor social: es difícil que nadie haga valer su punto de vista apelando a que ya vivió algo parecido. El futuro se nos echa encima continuamente, así que estar al día en casi cualquier aspecto de la vida es como surfear una ola que en seguida hay que abandonar para no quedarse fuera de la siguiente. El movimiento mismo se ha convertido en la meta y parece que, como los tiburones, lo necesitamos para poder respirar.

Además, la demografía humana ha alcanzado algo así como un umbral cuántico, es decir, un límite tras el cual las cosas invierten su antiguo valor. Hasta aho-

ra, la cantidad nos exoneraba, mientras que ahora nos obliga sin disculpa posible. Por ejemplo, hasta hace poco éramos tantos los humanos sobre el planeta que importaba poco lo que un individuo hiciera. Hoy somos tantísimos que la suerte misma del planeta se dirime en lo que hace cada individuo.

Para nosotros, los efectos secundarios han dejado de serlo y lo colateral se nos ha convertido en principal: el centro se ha desbordado en metástasis que han acabado con las periferias de los asuntos o de las acciones. Y es que parece haberse agotado la capacidad del mundo para reciclar los residuos tóxicos de cuanto hacemos, y tampoco quedan vertederos donde esconderlos. Poco importa si se trata de la basura espacial, del abuso de los combustibles fósiles y las emisiones de CO<sub>2</sub> o de las malas prácticas —es decir, las sinvergonzonerías— económicas y políticas: en todos los casos, los niveles de toxicidad amenazan con el colapso de sistemas ambientales o sociales que habíamos creído capaces de autogestionar nuestros desechos físicos o morales.

Y es que el mundo se nos ha hecho por primera vez mundial: no solo somos muchos más que nunca antes, sino que al menos buena parte estamos conectados en una especie de simultaneidad global organizada por nuevos vecindarios profesionales, económicos, políticos, religiosos o deportivos, todos ellos conectados económica, medioambiental y mediática-mente. Prácticamente todo el planeta vive en un presente continuo que ha sincronizado y acelerado todos los procesos.



Habermas sostiene que el 11-S fue el primer acontecimiento global porque generó una expectativa mundial y simultánea con la plena conciencia de asistir a un cambio en el curso de la historia. Es posible. Pero esa simultaneidad global de muchedumbres mundiales corre el peligro de dar lugar a fenómenos sin más lógica interna que la de las estampidas: todos corremos dando por cierto que hay una razón, porque todos los demás también corren dando por supuesto lo mismo. Pero como los que corren se arrollan y hacen perecer entre sí mientras corren para evitarlo, la estampida muchas veces resulta ser lo único que ocurre y lo que más víctimas produce.

Lo hemos visto con las alarmas mundiales sobre epidemias probables, con los rumores de dificultades de bancos que las hacen reales o con las espantadas de inversores que arruinan países o sectores, abandonándolos porque todos los demás los abandonan. El miedo ante un posible futuro catastrófico da forma catastrófica al presente, así que se hace preciso gestionar la información con criterios de manejo de las muchedumbres, lo que *de facto* supone una licencia social para que expertos y poderosos arrumben la verdad como criterio de comunicación.

Sin embargo, no se trata solo de entornos catastróficos porque la lógica de la estampida da forma a nuestras vidas corrientes: somos como Sísifos que a diario suben una roca a lo alto de una colina sin más justificación que el hecho de que muchos otros hacen lo mismo y, tal vez, con el aliciente de llegar el primero y conseguir el éxito. Y es que la competitividad

genera entornos en los que se posterga la pregunta por el sentido de lo que hacemos y hasta si queremos realmente hacerlo.

Sin embargo, estar en el mundo requiere comprenderlo, o de lo contrario nos pareceremos a quien escucha una historia que no entiende. Es la falta de comprensión lo que vuelve liviana y precipitada nuestra presencia en el mundo. Y en ese sentido, la velocidad no aumenta los lugares en los que estamos, sino los que ya hemos dejado atrás antes siquiera de haber llegado. Por eso, cuanto más deprisa va el mundo, más urgente resulta pararse a pensar. No es necesario esperar a que paren el mundo para bajarse, pero necesitamos considerar las alternativas vitales y sociales a la hiperaceleración de nuestro tiempo y redescubrir la temporalidad interna de lo que hacemos, es decir, el tiempo que requiere cada tarea para madurar con su forma propia, incluidas las demoras necesarias.

El éxito exige prontitud y nos acelera tras su escurridiza estela; en cambio, la perfección procurada impone constantes retrasos y demoras imprescindibles para llegar adonde vamos. Más que nunca, resultan actuales las recomendaciones de Wittgenstein para los filósofos: date tiempo, gana el que llega el último. La meta que se alcanza *antes de tiempo* defrauda.

No basta con saberse manejar y estar al día de las novedades tecnológicas o comunicacionales para estar a la altura de nuestro tiempo. Ni siquiera el triunfo haciendo mejor lo que todos los demás hacen nos permite estar a la altura. Casi siempre, el éxito no es más que un sucedáneo comparativo y precipitado de

la perfección, cuya pasión introduce al que la persigue en un mundo nuevo, propio y habitable. Iríamos más deprisa en lo decisivo si comprendiéramos que lo urgente es la lentitud paciente de quien no quiere malograr lo que hace. Pero, sobre todo, sabríamos mejor dónde estamos si nos paráramos a pensar en medio de la estampida general. Por eso, cada vez resulta más necesario lo que más deploramos: la filosofía, la historia, la literatura, es decir, los saberes reflexivos que implican la lentitud intransferible de la inteligencia. Nadie vive del todo a la altura de su propio tiempo sin procurar entenderlo.